

## LA TUMBA DEL NADADOR



La muerte hay días que acompaña,  
la invitamos a la mesa  
y desayuna entre mi padre y yo,  
no es fiera,  
tan sólo una consecuencia triste  
de la fiesta:  
vino malo en un mantel tan blanco.

MIGUEL MARTÍNEZ LÓPEZ

Nos engañamos a nosotros mismos, tenemos la necesidad de la mentira para lograr una falsa victoria sobre lo real.

CARLOS MALENO

También aquella noche lo vio jugar con las manzanas: lanzó tres al aire e hizo ma-labares con ellas. Cuando, después de varios giros en sus manos, alguna caía al suelo, era esta la que el padre elegía para comerse, desechando las otras dos y devolviéndolas a la bolsa hermética donde transportaban la comida.

MIGUEL ÁNGEL MUÑOZ.



Habrá un tipo, un editor al que Jesús conocer  en una fiesta. Y habrá también una chica y habrá música y copas y su amiga Andrea y mucha gente guapa, políticos, futbolistas y gente del mundo de la cultura. Y, por otro lado, habrá un gato sin nombre y un hombre muy enfermo en un hospital y una tormenta de verano a punto de descargar y un olor a tostada instalado en el sentido del olfato de Jesús —será algo parecido a un acúfeno, pero en versión olor y en modo tostada quemada—. El editor será un editor de gimnasio, con la camiseta dos tallas más pequeña de lo que por su complexión necesitaría, un editor at pico y con bigote espeso, un editor guardia civil, sin tricornio ni talonario de multas, pero con el poder magnánimo para decidir qué novelas se publican en su editorial y qué novelas se perderán en el ostracismo. Jesús habrá acudido a esa fiesta con la esperanza de encontrar el momento adecuado para que su amiga Andrea le presente al editor guardia civil y charlar con él, ya sabes.

La fiesta será la hostia, cincuenta personas bailando al ritmo de la coca en un  tico enfrente del mar en los edificios de La Térmica, en Almería, será lo más parecido que Jesús habrá visto en su vida a aquella

fiesta de cumpleaños en la película de Paolo Sorrentino, *La gran Belleza*. En ese momento Jesús se sentirá como Jep Gambardella. Sí.

—¡Menuda fiesta!— exclamará con los ojos muy abiertos al entrar en el piso, y se rascará la cabeza para acentuar el gesto pueblerino de sorpresa. También chistará mientras, con el codo y disimuladamente, le dará unos golpecitos en el antebrazo a su amiga Andrea, que estará a su lado, para llamar su atención y que mire cómo baila una *drag queen* que hay frente a ellos, subida a una tarima. Llevará unas plataformas como si trabajara en Els Joglars y tendrá la pierna izquierda tatuada de mariposas de colores. Jesús ladeará la cabeza, inclinándola hacia su hombro derecho para alinearla con la verticalidad de la pierna y, así, comprobar si ésta es de verdad o es de plástico fino. Brillará la pierna, de bien depilada. Jesús murmurará que las mariposas están sobrevaloradas, que sólo son orugas a las que les ha faltado modestia.

Estarán Jesús y Andrea enfrente del mar, en la terraza de un ático de lujo, eso ya lo he dicho, las vistas de la terraza serán hipnóticas, hará una buena noche, será verano, Júpiter y Venus estarán muy cerca, la luna será sólo una tajada en el cielo, como la cáscara de una sandía recién comida. No, no. Corrijo. Habrá luna llena, sandía completa, y su reflejo recorrerá la superficie del agua en calma titilando con cierto nerviosismo, como si la luz llegara tarde a iluminar algún

ojo. Esa noche, como en aquella canción, hará el tiempo que a mí me dé la gana, que para eso soy el autor, y si se me antoja se formará una tormenta de verano y caerá un chaparrón que acabará con la fiesta, me gusta la palabra *chaparrón*, suena rara. Las luces perfilarán la silueta de un mercante que abandonará el puerto después de haber descargado sus contenedores en el muelle de poniente, el barco estará tan liberado de peso que la quilla habrá salido casi por completo del agua por culpa de Arquímedes y se le verá el ombligo como a una chica con una camiseta muy corta. La línea de flotación mostrará varios colores y unos guiones con números indicarán las toneladas que transporta, como una jeringuilla señalaría el nivel para administrar una dosis de medicamento. Justo enfrente de la terraza del ático el barco estará cruzando la estela cenicienta que la luna dibuja sobre el agua. Esa luna dará asco y frío y miedo, y Jesús pensará que menos mal que el satélite está lejos y que sin la ayuda de un telescopio no se puede ver que su superficie está llena de cráteres. Recordará con cierta repulsión que no hay mucha diferencia entre los cráteres de la luna y la piel de la espalda de una rana, o los asquerosos cañones de los cuales han de nacer las plumas de unos pájaros que en su nido están empezando a emplumarse. Él sabrá un poco de pájaros porque su padre tendrá de mascota un agapornis, un lorito verde y anaranjado llamado *Adorno*, como

aquel autor que dijo que sería un acto de barbarie escribir poesía después de Auschwitz. Durante diez años su padre y Adorno habrán sido inseparables, el pájaro lo habrá sido dos veces. El lorito sabrá silbar la melodía de la película *Casablanca* subido a su jaula sin puerta. Dos ancianos de especies distintas. Su padre será uno de los últimos supervivientes andaluces de un campo de exterminio nazi, un padre raro, un padre probablemente gay, especializado en derrotas, prisionero en Auschwitz con nueve años y padre a los cincuenta años de un hijo al que no trató demasiado y que era él. Un padre pirata con un punto amanerado como Johnny Depp en *Piratas del Caribe*, con un lorito siempre cerca de él, aficionados los dos al Atlético, un loro sin jaula, inseparable de un hombre de compañía.

A Jesús le sorprenderá tanto esa escena que tiene delante de él —la gente bailando, las luces de color, la música a toda hostia— que se quedará detenido bajo el dintel de la puerta que comunica el salón con la terraza, petrificado, no se decidirá a pasar y tendrá la sensación de ser un niño que regresara de hacer un recado urgente y, con la cabeza agachada dándole vueltas a la gorra, estuviera esperando a que alguien le dijera qué debía hacer con lo que había traído. Parecerá estar pensando, «y ahora, ¿dónde pongo yo esto?» A ese niño que vive dentro de él le dará miedo lo desconocido. Mucha gente vivirá dentro de él: el



niño que creció en un pueblo de la Alpujarra granadina y es tímido y sabe tirar piedras con tirachinas y escalar a los de la calle de abajo, los apedrea porque se lo merecen, y el adolescente que se toca cada vez que tiene un rato de aburrimiento, y también el hombre maduro que conduce un Mercedes y que se ha dejado la barriga y la frente largas, el que se ha comprado el coche por la estrella que tiene en el capó y, por supuesto, también vive dentro de él el viejo cachirulo que reniega por todo y que se intenta colar cuando va a pagar en la caja del supermercado. Todos viven apelotonados dentro de Jesús, no se pueden rebullir, a duras penas los mantiene a raya para que no salgan, a veces los siente moverse en el intestino, son fetos que se desperezan y empujan la piel de su barriga como *aliens*. El viejo es el peor de todos, ese no tiene remedio, la madre que lo parió.

Jesús estará un par de minutos debajo del dintel que separa el salón de la terraza, contemplando la escena de una fiesta que parecerá sacada de aquella película de Paolo Sorrentino, la fiesta olerá a tostada, se le habrá metido en el sentido ese olor y no podrá quitárselo de la cabeza. No sabrá exactamente qué es lo primero que se hace en las fiestas al llegar, ni siquiera conoce al anfitrión, a pesar de eso se alegrará mucho de haber ido, le encantará formar parte de ese espectáculo y esbozará una sonrisa mal disimulada, como un niño satisfecho que no pudiera contener su felici-

dad. Y eso que la felicidad es un sentimiento que durante mucho tiempo se le habrá resistido. Le dijeron que la felicidad estaba estrechamente relacionada con el amor, y él, de eso, no sabrá mucho —por no decir nada—. Si la felicidad fuera el amor, Jesús no lo reconocería aunque le revolotearan una docena de mariposas en el estómago, pensaría que se trataba de una indigestión y no de un enamoramiento. Jesús no tendrá ni la menor idea de a qué demonios se refiere la gente cuando habla de mariposas en el estómago ¿La felicidad es estar siempre de fiesta? ¿La felicidad es ver o sentir mariposas? En ese caso la felicidad es cosa de entomólogos. Qué asco de mariposas, tienen la lengua enrollada y la meten en todas partes. Hace años Jesús se hizo tatuar una mariposa y no recuerda que le haya traído buena suerte. Tal vez él sea el primer caso documentado de mariposa que recorre el camino de vuelta y metamorfosea en capullo. Le tranquiliza saber que todos los demás son también unos gilipollas. Es muy difícil encontrar en una fiesta a alguien que no sea un gilipollas, las fiestas potencian las virtudes y los defectos de la gente, las tías que están buenas lo están más en las fiestas, y los que son unos gilipollas —que son la mayoría— lo son aún más. Una fiesta es una guerra de vanidades en la que sólo ganan los tontos. Todo el mundo compite a ver quién es el más tonto. Un gilipollas integral es un gilipollas con mucha fibra.

A Jesús le hará muy feliz saber todo eso —relaja saber que uno no está solo, ni en la tontería ni en la felicidad—. La felicidad es viajar hacia sitios mejores, y si viajas muy rápido te mareas, esto siempre es así. La felicidad no está hecha para los cobardes ni para los que se quedan quietos ni para los que se marean en las curvas. Querrá convencerse de eso, se lo repetirá como un mantra. Una vocecita interior, que es él mismo con la voz de él mismo, y que se llama «Cuatro», le dirá: «Jesús, eres menos gilipollas que todos éstos que tienes ahí delante. Seguro que en esta fiesta hay alguien con quien revolotear, venga, espabila chaval, vete a libar alguna florecilla».

Y entre que ya se habrá metido muchos chupitos de ron miel y que le gustará mucho la música electrónica que estarán pinchando, Jesús se va a venir arriba y va a empezar a sentir en la boca del estómago eso que los humanos llaman felicidad. La felicidad, aunque no sea al estilo de Raffaella Carrá, gusta y marea. Por culpa de esa sensación placentera Jesús se habrá tambaleado un poco al sentirla. Primero notará que sin ton ni son se le moverán las imágenes que ve y, luego, que él mismo también temblará un poco. Cabeceará sin mucho acierto, parecerá que le falta práctica en desmayarse, su desequilibrio no tendrá mucha credibilidad, cualquiera diría que estará fingiendo una borrachera, aunque será cierto que en muy poco tiempo se habrá puesto pedo, borracho perdido.